

Mónica Lavín

Despertar los apetitos

Alberto Ruy Sánchez

Siempre me han gustado esas tiendas donde se venden utensilios para cocinas profesionales. Las formas extrañas cuyo uso necesita ser descifrado constituyen una especie de aventura. Nos invitan a preguntarnos por el misterio de su forma. Y con cierta frecuencia hay en esas formas un diseño ambiguo que evoca a la vez la belleza inútil de una escultura contemporánea y lo útil de un antiguo mundo industrial.

Con esta novela, Mónica Lavín introduce, entre los utensilios de cocina, al tren. Su trama come nuestra atención por las vías que recorren todo el paisaje canadiense del Atlántico al Pacífico. Un universo que entra por los ojos y por la boca de los personajes y de los lectores. Y ya no podré visitar una de esas tiendas de utensilios culinarios sin buscar en todos los rincones indicios ferroviarios. De hecho, la imagen más parecida que tengo ahora de un almacén de herramientas para la cocina profesional y sus cosas casi indescifrables es la enorme bodega de instrumentos en desuso que acabo de visitar en el Museo del Ferrocarril de la ciudad de Puebla. Cada objeto es una adivinanza. Y los investigadores del museo con frecuencia tienen que preguntar a los ferrocarrileros retirados que merodean el sitio para qué sirvió alguna vez cada cosa. Un día encontraron un aparato tan extraño que despertó varias hipótesis tecnológicas. Llegaron los veteranos y, muertos de risa explicaron a los científicos que tan sólo era una máquina para fabricar escobas. Los objetos útiles sirven para cosas extrañas que rebasan nuestras suposiciones. Lo inesperado es una pieza extraviada de un juego Meccano pasado de moda e incompleto: es decir, una cosa muy útil que se volvió inútil y a la que de pronto le encontramos, le reinventamos

un valor y un uso que no era precisamente el suyo.

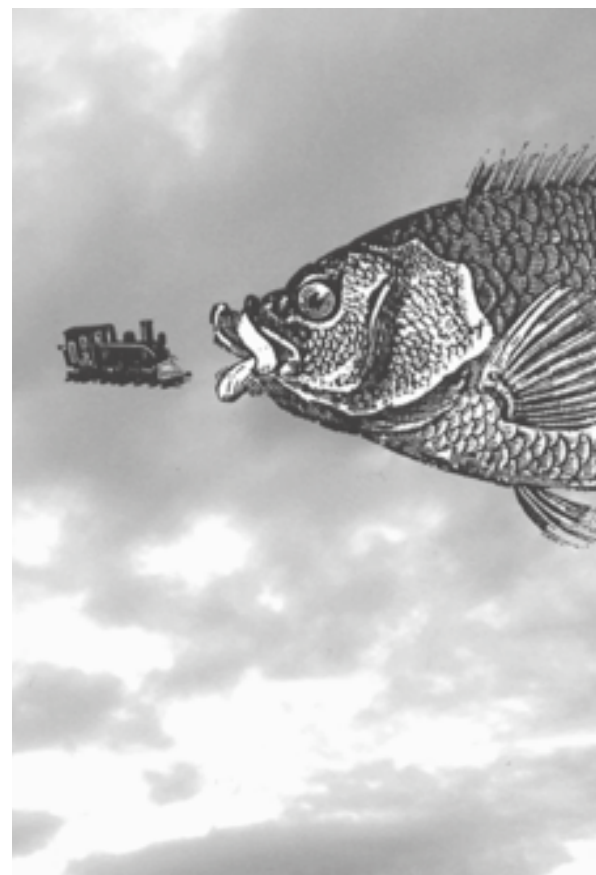
La novela de Mónica Lavín me hace pensar en un bello conjunto de extraños instrumentos de cocina que nos invitan a descifrar su sentido. Es una novela que se perfila como si fuera un aparato narrativo sobrefuncional y antiguo: es decir, como si fuera una novela policiaca, con su personaje desaparecido. Tal vez asesinado. Varios críticos culinarios internacionales viajan de costa a costa en Canadá descubriendo la comida de ese inmenso país. Uno de ellos, un fotógrafo japonés desaparece. Su ausencia lo convierte en el más presente de los personajes a lo largo del libro. Es el protagonista de un hueco, de un misterio.

Pero los recursos que Mónica usa para exponer sus hipótesis de la desaparición y para administrar la tensión del lector no pertenecen a ese género tradicional. Ella diluye lo detectivesco en una trama más moderna donde otras cosas son importantes y posibles. Le interesa la combinación de personajes, la confluencia de historias diversas en un tren, la multiplicidad psicológica ligada por un aderezo de su invención. Es decir que, curiosamente, cambia la estética de lo policiaco por la estética de la ensalada sorpresiva y bien aderezada.

Como narradora, Mónica sabe darle la vuelta a la tuerca de una historia hasta que nos descubre en esa rosca dura un sabor suave. El tren es su licuadora, o su *blender*, su moledora de alimentos, donde llegan a combinarse los ingredientes, los distintos personajes. Para obtener nuevos sabores de sus jugos más íntimos. Porque su novela es su tren transcanadiense: el monstruo que digiere a los personajes y los lleva de un lugar al otro: de la boca Halifax en la costa Este, llena de erizos, hasta el anal Vancouver,

donde los salmones brotan ahumados y los personajes digeridos. Lo interesante es que no sólo los lectores presenciamos la extracción del jugo de los personajes sino que, los personajes mismos la saborean y desean acercarse más entre ellos: ven despertar sus apetitos. Incluyendo el instinto depredador que es una de las dimensiones del erotismo.

Como en los buenos platos, de la mezcla surgen sabores inesperados, como esas fresas con pimienta que tanto le gustaron a la narradora. Y como en los buenos menús, cada ingrediente (cada personaje) se va diferenciando en el paladar del lector, va mostrando sus cualidades y contornos burdos o sutiles, racionales o delirantes. Y la sorpresa siempre está pausadamente presente. Hasta llegar a esa completamente inespere-



rada escena del sueño de la narradora, digna de un psicoanálisis literario, en el que una narradora cuenta un sueño que tuvo con su muñeca, que por cierto fuma mariguana mientras le reprocha a la narradora que la abandone, que haya confundido y cambiado sus duras piernitas de plástico que antes mordía por los penes de no se qué novios que siempre le recuerdan a su sabrosa muñeca. Las descripciones sexuales más atrevidas, como la escena de los gemelos haciendo el amor con una brasileña, son explícitas pero frías: son un plato frío como el carácter anglocanadiense y como una de esas sopas que uno supondría calientes pero que se sirven con hielo. Nuestra *chef* novelista tiene muchas maneras de sorprendernos.

Hay canibalismo autoral, los escritores se roban unos a otros sus escritos, pero no canibalismo de otro tipo sino en sueños. El japonés desaparecido desarrolla unos platillos vivos como en México lo hizo la fotógrafa Daniela Rosen. Porque una cosa queda clara en esta novela, el apetito no es sólo biología, es sobre todo imaginación. Como diría Bachelard, es “imaginación material”. Un sabor es un estímulo físico que nos hace soñar. Y para algunos enamorados, un rostro es un sabor preciso, la textura de unas manos es un sabor, la tensión y la forma de un cuello, la rasgadura precisa del aire que hace una voz es un sabor. El olor del sexo de la amada es parte de su sabor. Y entramos al ámbito de los mariscos, me imagino.

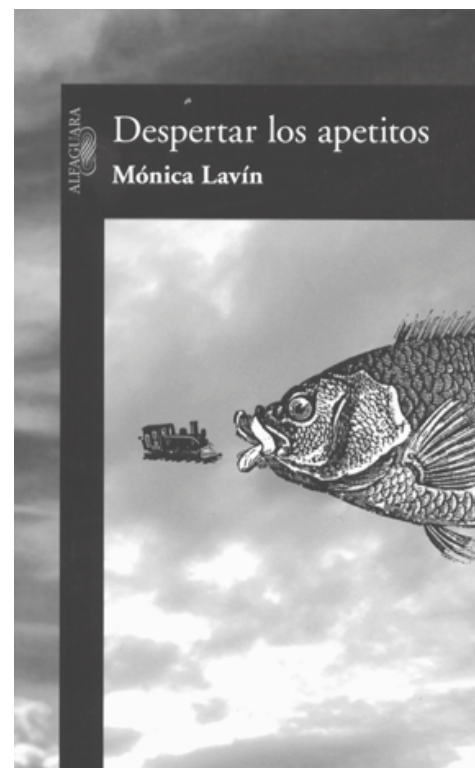
Las relaciones y paralelos entre la escritura y la cocina son muy antiguas, como lo son también los paralelos entre el mundo erótico y la cocina. Parecen parejas casi naturales. Se nos olvida con frecuencia que se trata de un triángulo. Es decir, que hay un grado de sabrosa perversión en intentar comer amando y escribiendo, amar y escri-

bir comiendo, escribir comiendo y amando al mismo tiempo. Tres veces tres combinaciones que en esta novela nos entran por los ojos, se asientan en la boca, apelan al sabor de las palabras.

Despiertan, por lo tanto, en cada quien, sabores distintos que nuestra imaginación se sirve al gusto: Yo tomo con alegría la evocación de las Montañas Rocallosas canadienses. Su piel escarpada me toca muy profundamente. He vivido en ellas una parte importante de mi vida en los últimos diez años. He escrito y he visto despertar mis apetitos de todo tipo a la sombra de sus nieves. Sus bosques infinitos y sus glaciares me evocan sensaciones absolutas de un aire distinto, de una visión ilimitada del mundo. Y su comida, rústica de origen y sofisticada a base de mestizajes, me hace siempre pensar en ríos y lagos y nieve, en reservas donde animales increíbles surgen de la nada como apariciones sagradas.

Con respecto a los osos *grizzli*, que son tan sabrosos y tan mortíferos, más rápidos y agresivos que una pantera, a los recién llegados nos recomendaban quedarnos quietos y dejarse oler y hacer sin mover una pestaña. También aclaraban que estos osos, cuando atacan con sus garras poderosas van directo al corazón. Exactamente como ciertas personas que conozco. Sólo en Canadá es posible una advertencia impresa en la puerta de las habitaciones cuando uno llega por primera vez a Banff, que está en zona forestal protegida donde los animales entran y salen a su gusto: “Cuidado, no mire a los alces a los ojos, están en época de brama”.

Un consejo similar pero opuesto solía yo hacer circular entre los escritores que eran mis alumnos en Banff en los últimos años, cada verano, para invitarlos a verse a sí mismos en su dimensión más instintiva, animal. Porque creo que no hay buen es-



critor que no deje salir algo de pasión e intensidad animal en sus escritos. Como no hay buen amante que no tenga a la vez una sabrosa combinación de ternura, imaginación y salvajismo. Si algo de estos tres ingredientes falta, la receta queda incompleta o desabrida. Después de leer esta novela ferroviaria, culinaria y amorosa creo que el consejo de Banff podría haberse aplicado y adaptado también a su autora: “Cuidado no mire a Mónica a los ojos, está escribiendo una novela sobre el acto siempre asombroso de despertar los apetitos”. Pero ya es tarde, la novela ha sido cometida y su imaginación nos devora. ■

Mónica Lavín, *Despertar los apetitos*, Alfaguara, México, 2005, 175 pp.

La novela de Mónica Lavín me hace pensar en un bello conjunto de extraños instrumentos de cocina que nos invitan a descifrar su sentido.